

“EL ARTE DE LA TRADUCCIÓN”, SEGÚN ALEJANDRO CIORANESCU

José Francisco Ruiz Casanova

jose.ruiz@upf.edu
Universidad Pompeu Fabra

Resumen

La labor de Alejandro Cioranescu (1911-1999) como estudioso de la Literatura Comparada se desarrolla en España desde la década de los cincuenta. Cioranescu no es sólo autor del primer manual moderno sobre Literatura Comparada escrito en español sino que su interés por los temas relativos a esta disciplina (intercambios, contactos, traducción) se mantuvo presente a lo largo de más de cuatro décadas en su bibliografía española. Este trabajo recupera un artículo del filólogo rumano que bien podría entenderse como su *ideal* para la traducción literaria.

Abstract

“The Art of Translation’, according to Alexandru Cioranescu”

Alexandru Cioranescu’s work (1911-1999) as a researcher in Comparative Literature was developed in Spain since the fifties. Cioranescu is not only the author of the first modern manual of Comparative Literature written in Spanish but his interest in the issues pertaining to this discipline (exchanges, contacts, translation) was constant over more than four decades in his Spanish bibliography. This article retakes one of the Romanian philologist’s articles that may well be seen as an expression of his *ideal* of literary translation.

Palabras clave: Alejandro Cioranescu. Literatura Comparada. Historia de la Traducción. Traducción Literaria.

Keywords: Alexandru Cioranescu. Comparative Literature. History of Translation. Literary Translation.

Manuscript received on May 10, 2012 and accepted on October 3, 2012.

MonTI 5 (2013: 257-270). ISSN 1889-4178

<http://dx.doi.org/10.6035/MonTI.2013.5.10>

1. Introducción

La Historia, y en concreto la historia académica, no siempre es justa ni benevolente; no siempre es generosa ni tampoco leal —en ocasiones— con el que debiera ser su principio rector: el reconocimiento de los hechos ocurridos y la valoración de las aportaciones realizadas por quienes han estudiado una materia.

Cuando tales estudios se realizan desde un marco intelectual personal, ajeno a las instituciones (sobre todo a las instituciones académicas), es más que probable que los trabajos de toda una vida constituyan, al fin, una sola línea bibliográfica, un breve comentario en nota al pie o, en el peor de los casos, pasen a constituir un legado que con suerte alguien recuperará, tarde o intempestivamente, en un ejercicio de reivindicación histórica de los estudios históricos. Si, por desgracia, ocurre esto último, la *comunidad científica* puede mostrarse sorprendida por ideas o datos desconocidos, por la germinación de dichos datos e ideas en otros trabajos que, a su vez, obviaron la cita; o, en el peor de los casos, hasta el plagio.

Nuestro país no ha sido precisamente cuna ni abrigo para los comparatistas. De hecho, hasta por lo menos la década de los años cincuenta del siglo pasado resulta difícil encontrar muestras de lo que pueda entenderse por estudios de literatura comparada, aun cuando algunas publicaciones utilizasen (y abusasen) de tal título para, en realidad, ofrecer volúmenes de lo que hoy día podríamos considerar como manuales panorámicos de literatura universal.¹

A partir de los años cincuenta, las aportaciones de algunos discípulos de las escuelas comparatistas francesas, bien sea en forma de traducción de volúmenes, bien sean obras originales (tal es el caso de Cioranescu), abrirán en cierto modo una perspectiva de análisis y estudio al que contribuirán algunas obras de referencia como las de Guyard, Pichois y Rousseau o Weisstein, entre las de mayor difusión en España, aunque no las únicas. Paralelamente a

1. Citaré, en este sentido, y por no repetir más lo ya dicho en otras ocasiones, la traducción que Hermenegildo Giner de los Ríos (1905) publicara de la obra de Loliée; y el manual de Juan F. Yela Utrilla (1928), destinado éste, según reza en la portadilla, como volumen quinto del “Repetitorium de las asignaturas de Letras del Bachillerato Universitario”.

esto, los estudios hispánicos habían ido conformando una línea de estudios en torno del rastreo de fuentes e influencias, tanto en trabajos singulares sobre obras y autores concretos como desde una perspectiva panorámica: los ejemplos del modelo *A en B* cuentan con insignes trabajos que se inician en el último cuarto del siglo XIX con la labor de Menéndez Pelayo y se prolongan hasta la actualidad,² de igual modo que el modelo *A y B*, quizá menos frecuente, también ha dado muestras de su interés, como por ejemplo en la excelente monografía de Joseph G. Fucilla (1953).

De todo esto puede entenderse que la “continuidad de la Literatura Comparada”, en el caso de España y de las instituciones académicas españolas, se ha visto siempre comprometida y sometida su área de conocimiento a las intersecciones (cuando no interferencias) de otras áreas previamente establecidas y, al parecer, inamovibles. Tal era, en uno de sus últimos trabajos, la tesis de Claudio Guillén:

En España, pese a su interés de unas individualidades muy notables, y de congresos y publicaciones, no se ha establecido la disciplina como institución autónoma en la Universidad, puesto que no ha sido aprobada por el Ministerio del ramo como área de conocimiento. Su posición es periférica y subalterna. La Literatura Comparada ha quedado adscrita a la jurisdicción de la Teoría de la Literatura y puesta en manos de los catedráticos de esta asignatura. Nos hallamos ante una aberración local, que carece de interés general, ya que se debe a condiciones anecdóticas, como el autoritarismo mal organizado del Ministerio y el oportunismo de los profesores interesados. (Guillén 2001: 105)

Y si esta situación hacía referencia al período que va, al menos, de 1980 a 2000, en el que el auge de los estudios comparatistas, las nuevas vías de investigación de las filologías tradicionales y el nacimiento de las Facultades de Traducción hacían presagiar un futuro algo más halagüeño, poco cabe decir de lo que le han deparado (y depararán) a tales estudios los años por venir.

Así pues, y volviendo al hilo del tema, si la ubicación de la Literatura Comparada ha sido, tradicionalmente, incómoda para las instituciones académicas españolas a lo largo del siglo XX o, mejor sería decir, inexistente, preguntarse ahora por cuál pudiera ser la incidencia, importancia o recepción de una obra concebida como un manual elemental sobre Literatura Comparada, escrito por un autor no vinculado de forma permanente a la Universidad, escrito además en los años sesenta, y publicado en un pequeño sello editorial

2. Sobre este tema ya traté en “‘La melancolía del orangután’. El origen de los estudios *A en B*: Menéndez Pelayo y su *Horacio en España* (1877)”.

canario, preguntarse por la trascendencia de tal obra, nos obliga ahora —como dije— a un ejercicio de reivindicación histórica de tal estudio.

2. Alejandro Cioranescu y sus *Principios de Literatura Comparada*

El filólogo rumano de nacimiento y francófono de formación Alejandro Cioranescu (1911-1999) se había doctorado en la Sorbona con la tesis *L'Arioste en France, des origines à la fin du XVIIIe siècle* (1939), fruto de cuatro años de trabajo y que había sido seguida de muy cerca en su elaboración por los profesores más destacados de la escuela comparatista francesa del momento: Fernand Baldensperger (a cuyas clases asistió como alumno), Paul Van Tieghem y Paul Hazard.³ Cioranescu se sumaba, con este monumental trabajo, a la ya antigua tradición comparatista francesa del modelo *A en B*, iniciada en dicho país por Baldensperger y su *Goethe en France* (1904).⁴ Las circunstancias políticas europeas y las particulares de su país truncarían su carrera diplomática y su vinculación con el mundo académico galo,⁵ de modo que en 1948 pasó a enseñar francés en la Universidad de La Laguna y en ella, aunque sin la categoría de profesor titular, continuaría hasta su jubilación en 1979.

Es en el marco de esta universidad canaria, e inmerso en otros múltiples temas de su interés (temas que van desde la traducción de obras italianas o francesas, el estudio de los clásicos, la historia española y la figura de Colón en particular, los temas canarios o las monografías bibliográficas⁶), Alejandro Cioranescu imparte, en 1963, “un cursillo de literatura comparada” del cual resultará la redacción de una obra fundamental en su bibliografía y en la de los estudios comparatistas españoles, por ser los *Principios de Literatura Comparada* (1964) el primer manual teórico de introducción y análisis de la

3. Para este episodio en concreto y las circunstancias de la defensa y lectura de la tesis, deben leerse las páginas de Voicu-Brey (2006), especialmente el capítulo dedicado a su estancia en París (págs. 66-78)

4. Sobre dicho modelo y su vigencia y contribuciones hispánicas, *vid.* Ruiz Casanova (2011).

5. L. Voicu-Brey (2006: 79-89) relata con todo detalle no sólo la depuración política de Cioranescu, promovida por la llegada al poder rumano del partido comunista, sino también cómo los esfuerzos del autor por reestablecer sus lazos académicos en Francia fueron fallidos en aquel momento, al haber muerto dos de sus más fieles valedores: Hazard, en 1944, y Van Tieghem, en 1948. En su destino canario mediaría Antonio Tovar, a quien había conocido en España en la década de los años treinta durante investigaciones realizadas en el Archivo de Simancas y al que había seguido frecuentando.

6. En este sentido, es de destacar su *Bibliographie de la littérature française au XVIIe siècle* (Cioranescu 1959), “admirable instrumento de trabajo necesario a todo estudioso de la literatura francesa”, en palabras de Antonio Tovar.

disciplina, así como de planteamiento de las vías de investigación que aquélla ofrece a la filología.⁷

No es lugar éste de repetir la importancia del libro de Cioranescu ni de detenernos en los conceptos del comparatismo que el autor formula como bases teóricas, labor que, por otra parte, ya analizó con todo detalle la profesora Voicu-Brey. Mi interés, aquí y ahora, es el de recuperar algunas de las ideas que sobre la traducción dejaría plasmadas Cioranescu, tanto en sus *Principios de Literatura Comparada* como en un artículo tardío elocuentemente titulado “El arte de la traducción” (Ruiz Casanova 1990).

Comencemos con los *Principios de Literatura Comparada*. En esta obra de apenas 130 páginas, Cioranescu emplea el concepto de “relación”, base de la teoría comparatista, para organizar no sólo su estudio sino presentar sus posibilidades. El autor parte de un simple concepto y construye a su alrededor toda una teoría de la literatura comparada: si “la literatura comparada es el estudio de las relaciones entre dos o más literaturas nacionales” (Cioranescu 1964: 29), la variabilidad de matices que adquiere el concepto de “relación” hace necesaria una definición algo más precisa de la literatura comparada: “el estudio de las relaciones causales entre dos o más literaturas separadas por fronteras lingüísticas” (Cioranescu 1964: 38). Por lo tanto, siguiendo las tesis de Van Tieghem, el armazón teórico de los *principios* enunciados por Cioranescu (1964: 74) se basa en lo que sigue:

Si se toman en consideración las posibilidades que se ofrecen a la comparación literaria, se podrá establecer que ésta conoce y estudia tres clases de relaciones, que son las *relaciones de contacto*, las *relaciones de interferencia* y las *relaciones de circulación*.

Las primeras responden al modelo clásico de “fuentes e influencias”; las segundas analizan “los fenómenos de interpenetración y de coincidencia”; las últimas abarcan los campos de estudio de personajes y lo que actualmente se conoce como tematología (Cioranescu 1964: 74).

En el caso de la primera categoría de relaciones, las de contacto, Cioranescu dirige la atención hacia el concepto de intermediación, y para ello recurre tanto a los ejemplos de viajeros y profesores de idiomas como al de los traductores. Si los traductores son intermediarios entre dos lenguas y dos culturas, es obvio que la traducción se erige en una de las formas principales (no la única) de dar a conocer *lo otro*.

7. Sobre el libro, las circunstancias de su publicación, la vigencia de su propuesta y el análisis exhaustivo de su contenido, *vid.* Voicu-Brey (2006: 209-438). Puede consultarse mi breve contribución hasta la fecha en tal reivindicación en Ruiz Casanova (2009).

Todo lo dicho hasta aquí puede sonar a tópico, a ya sabido, a conceptos que van en trasiego de unos a otros estudios en la actualidad traductológica y académica; pero no olvidemos el contexto en que tales palabras fueron escritas y publicadas: la España de comienzos de la década de 1960. Entonces, obviamente, pocos atribuían a la traducción un papel determinante en la configuración de las literaturas nacionales, aun cuando contáramos, por ejemplo en el hispanismo, con trabajos tan decisivos para el afianzamiento de dicha tesis, como la monografía que Margherita Morreale (1959) dedicara a Boscán y su traducción de Castiglione. Habría que remontarse hasta los trabajos de Menéndez Pelayo para encontrar una reivindicación tan firme sobre la importancia del estudio de las traducciones. Cioranescu (1964: 86-87) dedicará a este asunto tan sólo página y media de su sucinto manual; y ahí leemos:

El estudio de las traducciones parece el más fácilmente asequible para el investigador principiante. Nada más simple que coger una buena bibliografía nacional, la española por ejemplo, e ir fichando todas las traducciones impresas, e incluso manuscritas, de Molière. El resultado será una bibliografía de las traducciones de Molière al español, cuya utilidad es innegable. Pero debemos añadir enseguida que un trabajo de esa clase sólo merece el calificativo de comparatista por sorpresa. En realidad, incluso si va acompañado de comentarios más o menos literarios, es un simple trabajo de bibliografía; y es sabido que todos los trabajos de bibliografía son útiles, comenzando por los malos.⁸

Una vez situada la importancia (que no la preeminencia o prioridad absolutas) de los estudios bibliográficos, Cioranescu se ve en la obligación intelectual de dar indicaciones metodológicas en su manual; para él, la labor de documentación y de reunión de datos es importante, pero más aún lo es el trabajo textual, pues —no debería olvidarse, y, no obstante, tantas veces se ha olvidado— en el estudio textual, comparativo, estilístico e historiográfico de las traducciones está, como en la propia traducción literaria, una de las bases de razón de la propia Filología:

La tarea del comparatista consiste en determinar el interés y la significación de la traducción, teniendo en cuenta su coincidencia con una moda o su oposición a la misma, el interés generalizado o la afición singular, el compromiso cultural o profesional, la congenialidad o la oposición del traductor a

8. Y esto lo afirma el autor que ya había reunido una bibliografía de la literatura francesa del siglo XVI. Tiene, no obstante, razón: baste ver un catálogo de investigaciones, tesis doctorales, ponencias y contribuciones en congresos de los últimos veinte o veinticinco años para apercibirse de que tal orientación de los estudios *traductológicos* (en lo que hace a la historia de la traducción, sobre todo literaria) ha sido el dominante y el más propiciado.

su autor; en analizar los procedimientos del traductor, sus conocimientos de la lengua y de ambientación en general, sus problemas y sus soluciones, su soltura y su fidelidad, su servilismo y su personalidad, la significación de los matices que añade y la explicación histórica y cultural de su enfoque y de su interpretación, en fin, estudiar en conjunto el resultado del encuentro de dos personalidades y, a través de ellas, de dos culturas diferentes, y la nueva resonancia adquirida por la obra original en su nueva forma desnacionalizada. Todo ello no es fácil, no se ha hecho a menudo con tanta amplitud de criterio; también es preciso añadir que una pauta tan completa no será igualmente útil en todos los casos.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el estudio de las traducciones es un capítulo de la literatura comparada injustamente considerado como de importancia secundaria; y que sus resultados a menudo son sumamente aleccionadores para la mentalidad artística de una época o de un país. (Cioranescu 1964: 87)

No puede decirse más en menos espacio. En esta síntesis de Cioranescu está gran parte de las más importantes tesis y vías de investigación de la traducción y su historia que vienen aplicándose en España desde la década de los años ochenta: la recepción, el contraste cultural, la escritura del traductor, sus afinidades estéticas, las modas estilísticas y sus influencias, la repercusión de los textos traducidos en la literatura de llegada, el debate entre fidelidad y libertad, la exportación de *lo otro* a través del texto extranjero... Baste leer lo que Van Tieghem había escrito tres décadas y media antes para apreciar, en su justa medida, no sólo la aportación teórica de Cioranescu en el contexto español sino, sobre todo, su adscripción a la escuela comparatista francesa y su labor como *intermediario* entre dichas ideas y la cultura española del momento:

Quand on parle aujourd'hui de traduction, on a dans l'esprit une reproduction intégrale et aussi fidèle que possible, dans une autre langue, d'un texte donné. Il s'en faut que les traductions qui ont joué un rôle dans les échanges littéraires aient toujours répondu à cette définition. [...]

Toutes les fois qu'un auteur ou un ouvrage a été traduit dans la même langue à plusieurs reprises, la *comparaison des traductions* offre un utile champ d'étude. On suit par ce moyen, d'âge en âge, les variations du goût et les nuances de l'impression qu'a produite le même écrivain sur des générations successives. [...]

Pour s'expliquer ce que les traductions offrent de caractéristique, il est souvent besoin de connaître les *traducteurs*. Leur biographie, leur carrière littéraire, leur situation sociale, font comprendre leur rôle d'intermédiaires. [...]

Les renseignements les plus précieux nous sont donnés par leurs *préfaces*. Lues avec critique et discernement, elles nous apprennent beaucoup sur les

idées propres de chacun et le système de traduction adopté, ou soi-disant adopté, par lui.⁹ (Van Tieghem 1931: 160-167)

Las ideas de Cioranescu remiten no sólo a Van Tieghem y a sus maestros franceses sino también a las tesis de Menéndez Pelayo, para quien el estudio de las traducciones debía ser uno de los pilares básicos de la conformación de una historia de la literatura nacional;¹⁰ de ahí que, enunciadas en los *Principios* de forma tan sucinta, y añadido a esto, quizá, la experiencia de Cioranescu como traductor (Jean Moréas, Dante o Mary W. Shelley, entre otros¹¹), el autor volviese en 1990 —ya en plena efervescencia de los Estudios sobre Traducción e Historia de la Traducción— sobre el tema en su artículo “El arte de la traducción”.

3. Cioranescu y “El arte de la traducción”

“El arte de la traducción”, artículo publicado en 1990, viene a ser una síntesis y última decantación de la trayectoria entera de un comparatista, del autor que, entre varias lenguas (rumano, italiano, español, francés, inglés) había formulado en distintos formatos ensayísticos sus ideas sobre el que consideraba tema central de la Literatura Comparada: la traducción literaria, sus métodos, propuestas teóricas, práctica y proyección.

Al calificar la traducción como “servicio humilde”, Cioranescu prepara el terreno para la explicación del porqué tal actividad no sólo ha sido menospreciada —o relegada— por lectores y estudiosos de la literatura sino también, y como efecto de ello, el traductor había pasado a formar parte silenciosa de aquellos actores culturales a los que no se atribuye “mérito” alguno. La

9. En este mismo sentido, Marius-François Guyard (1951: 33) escribe lo siguiente: “Si bien el estudio de las traducciones es ingrato en sí mismo, no carece de valor, pues algo nos enseña acerca de los traductores. Si su personalidad es apagada, reflejan e ilustran sobre el gusto de un grupo o de una época. Si es poderosa o por lo menos bastante original, se comprende, al considerar su trabajo, por qué y cómo los más grandes autores sufren, fuera de su país, tales transformaciones que bien se puede decir que no hay un solo Shakespeare, sino tantos Shakespeares como naciones y siglos en los cuales se ha querido traducir”.

10. Y en este sentido abundan las palabras, publicadas en 1967, de Claude Pichois y André-M. Rousseau (cit. tomada de la traducción de 1969: 73): “El estudio de una traducción pertenece en primer lugar a la historia de la literatura receptora”.

11. Cfr. la “Bibliografía de Alejandro Cioranescu” incluida en Voicu-Brey (2006: 519-522), en lo que hace referencia a traducciones, bibliografía luego corregida y ampliada en Voicu-Brey (2009).

primera cuestión es, pues, clara: por qué “se nos ofrece la duda de si el traductor puede ser calificado como escritor”:¹²

La traducción en sí es una empresa difícil. Me pregunto si no es más difícil que escribir literatura y ser original. Escribir versos o prosa se le da a uno, o no se le da; la traducción es un escrutinio constante y un cacheo pesado de los conocimientos, de la imaginación y de la honradez intelectual. (Cioranescu 1964: 9)

Cioranescu tiene en cuenta, pues, todo aquello que engloba Steiner en su concepto de *pre-información*, y añade a estas cuestiones las que se derivan del entorno y marco en el que se realiza la traducción (incluyendo, entre otras cuestiones, el concepto de *moda literaria*); es, por lo tanto, la traducción no sólo arte mecánica o poética sino, necesariamente, arte cultural que cuenta con y prevé en qué contexto va a integrarse el producto resultante.

Tras esto, nuestro autor considera cuestiones mucho más terrenales, como lo es el hecho de que la traducción, tantas veces determinada por los editores (o sus empresas) ha ido convirtiendo al traductor, en el peor de los casos, en alguien que “no tiene la obligación de amar lo que está traduciendo” (Cioranescu 1964: 10). Toda una larga tradición fundada en las afinidades estéticas, en el amor por aquello que debe darse a conocer en la cultura de llegada o por los textos que es necesario interpretar y reinterpretar (caso, por ejemplo, de los clásicos) termina subsumida por unas razones comerciales, de modas y de plazos, de consumo inmediato, de interés fugaz o del más burdo y elemental mercantilismo. Cuando esto ocurre —y ocurre en tantísimas ocasiones— el texto resultante vale sólo por ser un producto susceptible de ser leído, esté bien escrito en la lengua de llegada o no, esté bien editado o no, esté realmente bien interpretado o no. Y como consecuencia de esto, Cioranescu invoca la Historia de la Traducción para recordar que:

Los grandes traductores son siempre los que ejecutan un trabajo que les ha prendado y sueñan con llegar a la categoría de coautores. [...] La naturaleza de la traducción, considerada en sí misma, es decir como un discurso literario cualquiera, no parece necesitar, pero tampoco excluye la intervención de una función creadora, en el laboratorio de su confección. (Cioranescu 1964: 11)

De ahí que una de las obligaciones de la crítica, y de la teoría, sea la de llamar la atención sobre el proceso creativo, los elementos que intervinieron en él y la valoración del resultado. Ante tal pulsión creativa, ante una necesidad de lectura como es la de la traducción literaria, no caben teorías extremas que

12. No podría estar más de acuerdo con la tesis de Cioranescu, como ya señalé en su día en Ruiz Casanova (2005: 7-45).

hablen —en forma de fatal determinismo— de la *imposibilidad de la traducción*. Es obvio que la traducción puede alcanzar grados extremos, incluso de imposibilidad; pero no menos cierto es que “la traducción es más un deseo que una necesidad” (Cioranescu 1964: 11).

Cuando Cioranescu escribe acerca del desahucio de la traducción por parte de la teoría, no puede por menos que abrir el margen de una posibilidad: la del “secreto entendimiento entre el texto y el traductor” (Cioranescu 1964: 11), que escapa de toda teoría general. En este sentido, las palabras de Cioranescu se hallan próximas a la tesis de Paul Ricoeur (2005: 36), cuando define la traducción como “teóricamente incomprensible pero efectivamente practicable”; o cuando Antoine Berman (1985: 26) la define como “*Culturellement parlant, elle est ethnocentrique; littérairement parlant, elle est hypertextuelle; et philosophiquement parlant, elle est platonicienne*”.

Para Cioranescu (1964: 12) existe, al igual que ocurre en determinadas obras literarias originales, “un misterio en las buenas traducciones”. Tal observación le lleva a tratar del tema de la “performatividad del discurso”; para él éste es un rasgo distintivo de la literatura y es, de algún modo, una alquimia o vuelta a un lenguaje original, perdido, a través de la forma de las nuevas palabras. En definitiva, la traducción es un acto performativo y, en cierta medida, en los casos en que merece hablarse de una buena traducción literaria, equivalente al proceso creativo:

El poeta sabe remontar a las fuentes y decir las cosas, no con la razón, sino con la fe y con el corazón. Nosotros no podemos sino seguirlo por estos caminos inéditos, que son en realidad los más viejos; y por esto, por habernos enseñado el camino que permite encontrarnos con nosotros mismos, estamos felices con él.

[...] Esto es también lo que esperamos de la traducción. La responsabilidad del traductor, sea cual fuese el tipo de discurso literario que está interpretando, es obligarnos a admitir la performatividad de su propio discurso. (Cioranescu 1964: 12)

Cioranescu admite, pues, la capacidad —y necesidad— creativa del traductor. Interviene, obviamente, en su condición la práctica, la experiencia, la cultura, la potencialidad verbal, el trabajo, la crítica, la reflexión, etc.; pero nada de todo esto es determinante, sea aprendido, adquirido o solapado. La traducción (literaria) es un arte, y como tal, aviso para navegantes:

Este arte no se enseña, sino que se descubre o, si no, sigue sepultado en la oscuridad de los primeros contactos con la palabra. El traductor, al igual que el poeta, sabe o, más correctamente, siente cuál es el vocablo que le conviene usar, la metáfora a la que la imaginación sigue siendo sensible, el sintagma que sugiere con mayor eficacia lo que las palabras no saben aclarar, o lo que

no conviene aclarar. Todo ello viene a significar que el traductor debe ser, ante todo, escritor nato. Es una perogrullada que a menudo olvidamos. (Cioranescu 1964: 12)

Bibliografía

- BERMAN, Antoine. (1985) *La traduction et la lettre ou l'auberge du lointain*. Paris: Seuil. Citado por la 2.^a edición, de 1999.
- CIORANESCU, Alejandro. (1959) *Bibliographie de la littérature française au XVII^e siècle*. Paris: Klincksieck.
- CIORANESCU, Alejandro. (1964) *Principios de Literatura Comparada*. La Laguna: Universidad de La Laguna.
- CIORANESCU, Alejandro. (1990). "El arte de la traducción." *1616. Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* 8, pp. 9-12. Reeditado por Sánchez Robayna, Andrés (ed.) 2009. *Alejandro Cioranescu: De la Literatura Comparada a los Estudios Canarios*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, pp. 81-86.
- FUCILLA, Joseph G. (1953) "Relaciones hispanoitalianas." En: *Revista de Filología Española*, anejo 59.
- GUILLÉN, Claudio. (2001) "Sobre la continuidad de la Literatura Comparada." En: Guillén, Claudio. *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*. Valladolid: Universidad de Valladolid - Cátedra Jorge Guillén.
- GUYARD, Marius-François. (1951) *La Littérature Comparée*. Paris: Presses Universitaires de France. Citado por la traducción española de Enrique Badosa: *La Literatura Comparada*. Barcelona: Vergara, 1957.
- LOLIÉE, Frédéric. (1900) *L'Évolution historique des littératures, histoire des littératures comparées, des origines au XX^e siècle*. Paris: C. Delafgrave. Citado por la traducción española de Hermenegildo Giner de los Ríos: *Historia de las Literaturas Comparadas*. Madrid: Daniel Jorro, 1905.
- MORREALE, Margherita. (1959) *Castiglione y Boscán, el ideal cortesano en el Renacimiento español*. En: Anejo I del BRAE.
- PICHOIS, Claude & André-M. ROUSSEAU. (1967). *La Literatura Comparada*. Citado por la traducción española de Germán Colón Doménech. Madrid: Gredos, 1969.
- RICOEUR, Paul. (2004) *Sur la traduction*. Paris: Bayard. Citado por la traducción española de Patricia Willson: *Sobre la traducción*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- RUIZ CASANOVA, José Francisco. (2005) "La escritura del traductor." En: Ruiz Casanova, José Francisco; Henriette Partzsch & Florence Pennone (con la colaboración de Cristina Tango como traductora). 2005. *De poesía y traducción*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 7-45.

- RUIZ CASANOVA, José Francisco. (2009) "Alejandro Cioranescu y los orígenes de la Literatura Comparada en España." En: Sánchez Robayna, Andrés (ed.) 2009. *Alejandro Cioranescu: De la Literatura Comparada a los Estudios Canarios*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, pp. 25-32. Reeditado con algunas modificaciones en: Ruiz Casanova, José Francisco. (2011) *Dos Cuestiones de Literatura Comparada: Traducción y Poesía. Exilio y Traducción*. Madrid: Cátedra, pp. 41-49.
- RUIZ CASANOVA, José Francisco. (2011) "'La melancolía del orangután'. El origen de los estudios A en B: Menéndez Pelayo y su *Horacio en España* (1877)." En: Ruiz Casanova, José Francisco. *Dos Cuestiones de Literatura Comparada: Traducción y Poesía. Exilio y Traducción*. Madrid: Cátedra, pp. 31-39.
- VAN TIEGHEM, Paul. (1931) *La Littérature Comparée*. Paris: Libraire Armand Colin.
- VOICU-BREY, Lilica. (2006) *Alejandro Cioranescu. Biografía intelectual de un comparatista*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- VOICU-BREY, Lilica. (2009) *Alexandru Cioranescu. Bibliografie, 1930-2010*. Târgoviste: Editura Bibliotheca.
- YELA UTRILLA, Juan F. (1928) *Literatura española comparada con la extranjera*. Lérica: Librería Urriza.

NOTA BIOGRÁFICA / BIONOTE

Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona (1993) y Profesor Titular de Literatura Española e Historia de la Traducción en la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona) desde 1997. Sus campos de estudio abarcan desde la edición de textos clásicos españoles (Conde de Villamediana, Diego de San Pedro) y de autores modernos (Ángel Crespo, Jenaro Talens y Andrés Sánchez Robayna, entre otros), hasta la Teoría de la Literatura, la Historia de la Traducción y la Literatura Comparada. Es autor, asimismo de la *Antología Cátedra de Poesía de las Letras Hispánicas* (1998, 9ª ed.: 2012). Como ensayista, ha publicado: *Aproximación a una Historia de la traducción en España* (2000), *El vuelo del cuervo: Lecturas de literatura española* (2002), *De Poesía y Traducción* (2005), *Anthologos: Poética de la antología poética* (2007) y *Dos cuestiones de Literatura Comparada: Traducción y Poesía. Exilio y Traducción* (2011).

Doctor in Hispanic Philology (University of Barcelona, 1993) and Professor of Spanish Literature and History of Translation at the Universitat Pompeu Fabra (Barcelona) since 1997. His fields of study range from the edition of classic Spanish texts (Count of Villamediana, Diego de San Pedro) and modern authors (Ángel Crespo, Jenaro Talens and Andrés Sánchez Robayna,

among others) to the Theory of Literature, History of Translation and Comparative Literature. He is also the author of the *Antología Cátedra de Poesía de las Letras Hispánicas* (1998, 9th ed.: 2012). As an essayist, he has published: *Aproximación a una Historia de la traducción en España* (2000), *El vuelo del cuervo: Lecturas de literatura española* (2002), *De Poesía y Traducción* (2005), *Anthologos: Poética de la antología poética* (2007) and *Dos cuestiones de Literatura Comparada: Traducción y Poesía. Exilio y Traducción* (2011).